

AZALEA

Azalea era una flor simple, linda, frágil y solitaria. Le había tocado en suerte nacer y crecer en un jardín donde todo parecía ser apto para las flores masculinas como el jazmín, el girasol y el clavel. No había lugar para rosas, orquídeas, amapolas, hortensias, ni dalias y en teoría, tampoco para Azaleas.

Pero por alguna circunstancia desconocida, allí estaba ella infiltrada en un mundo masculino que poco conocía y toleraba las diferencias. No era nada fácil enfrentar a un contingente de flores machistas habituadas a tomar el sol con privilegios; a esperar el domo del jardinero para ellos en presencia de heladas y esperar a que la pobre Azalea se congelara y empezara a estornudar con sus pétalos marchitos de tanto frío.

En aquel jardín las flores también estudiaban: Asistían a clases con el profesor Girasol Rubio quien les enseñaba cómo obtener la savia mas nutritiva y la mejor clorofila; cuidarse de las inclemencias del tiempo y reconocer las señales en el firmamento para predecir el clima. En los niveles más avanzados, se estudiaba como interactuar con el viento, la lluvia y de manera muy especial, con los humanos. Esos seres gigantes que juegan un papel ambiguo al coadyuvar a la subsistencia con cuidados y protección o simplemente representan una amenaza a la calidad y expectativa de vida.

No era simple la convivencia en aquel jardín. Ninguno de los estudiantes quería que Azalea asistiera a clases. Todos opinaban que ella debía inclinar su talle para brindar sombra con sus pétalos a los retoños más jóvenes y cantar para atraer a las abejas hacia el jardín, mientras los demás se preparaban; pero Azalea, a pesar de ser minoría se rebelaba y reclamaba sus derechos. Era una alumna destacada, estudiaba y exponía con claridad y sin fundamentalismos sus puntos de vista. Fue así como se generó una gran polarización en el jardín, pues algunos jazmines y claveles llegaron a respetarla y admirarla, pero otros sentían que ella estaba ultrapasando sus propios límites y asumiendo un papel que no le correspondía en el jardín.

Un día hubo un concurso propuesto por una abeja que siempre visitaba el jardín: Prometió esparcir más semillas para garantizar la perpetuidad de aquella flor que tuviera la mejor savia y la clorofila más verde. Inmediatamente empezaron los preparativos y apuestas dentro del jardín y aunque todos sabían que Azalea era la más dedicada a su auto cuidado y al mismo tiempo quien más ofrecía de sí misma para que los más pequeños aprendieran lo básico para garantizar su bienestar, ninguno lo reconocía abiertamente. Era como si ella no existiera y la competencia fuera entre las flores masculinas que se sentían y creían las más fuertes del jardín.

Sin embargo, de manera soterrada cada uno estudiaba la manera de imitar a Azalea sus mecanismos de sobrevivencia y su inteligencia natural, pero por más que lo intentaban, menos lo conseguían ya que cada intento estaba hecho desde la intolerancia y el afán de demostrar una superioridad que creían inmanente a su naturaleza de flor-macho.

Pasaron los días y el estrés hacía estragos en el jardín. Una ardua competencia se había instalado y algunos estaban marchitos y opacos. Azalea, en cambio, estaba intacta porque

sentía que esto no era más que una competencia y que la supervivencia de las de su especie dependía de muchos factores, pero en buena medida de la inteligencia de cada una para conservarse y protegerse.

Fue así como el día anhelado llegó y la abeja trajo consigo a la abeja reina, conocida por su exquisito paladar y nivel de exigencia. Era conocida por ser una catadora de savia y clorofila e identificar con gran facilidad la mejor materia prima para la miel.

Todos estaban ansiosos e irritables y se peleaban unos con otros. Así los esfuerzos se perdieron porque es sabido que la beligerancia en las flores, altera la calidad de sus productos. La abeja reina comenzó a catar de flor en flor y en la medida que lo hacía su zumbido se tornaba ronco y disgustado. Sólo faltaba Azalea para ser probada cuando la Abeja reina, visiblemente airada, exclamó: No sé para qué vinimos. Este jardín está agrio. Sin embargo, la abeja visitante, con dulzura y convicción la invitó a probar la savia y la clorofila de Azalea. Entonces, la abeja reina exclamó: Ahora entiendo! Dejaron a propósito lo mejor para el final! Esta pequeña flor, única en este jardín, verá dispersar sus semillas hasta los confines de la comarca. Y habrá muchas como ella para que nosotras, las abejas seamos felices y endulcemos a otros.

Fue así como en poco tiempo, el jardín estaba lleno de Azaleas frágiles y bonitas que embellecieron el jardín, a la vez que un nuevo orden se estableció en el lugar: No hubo lugar a represalias, ni actitudes discriminatorias. Cada quien tenía lugar a su espacio en el domo, a su ración de sol y de cuidado y las clases se intensificaron, a la vez que Azalea se convirtió en profesora de Valores Vegetales, una cátedra en donde se enseñaba a valorar a los demás por su condición de flores sin importar su género, su color, su procedencia, ni su destino fuera ornamental, terapéutico o industrial.

Así, aquel jardín fue famoso entre todos porque cada uno de sus miembros aceptó a los demás con respeto y tolerancia y entregando al jardín la solidaridad que precisa vivir en comunidad.

Azalea entendió que durante mucho tiempo fue víctima de la violencia de género, pero como ella no lo aceptó y no se resignó a asumir el papel de víctima, pudo subvertir el orden con respeto y determinación. Es por esto que en la tradición las mujeres que se casan llevan ramos de azalea y los hombres portan una en la solapa, como símbolo de complementariedad entre géneros y respeto por el otro.

Alejandro Cortés Flórez

14 años

